



# Ágatha, ¿y después?

“UNA TORMENTA TROPICAL más, y nos vamos con Pancho”, nos decía el amigo experto en manejo de emergencias, mientras comentaba cada lámina de su bien elaborada presentación en Microsoft PowerPoint. Quería llamar la atención, y lo estaba logrando.

Somos un país con una vulnerabilidad concatenada a muchos factores de riesgo. Las características orográficas e hidrográficas de nuestro país es algo que no podemos cambiar. Bendición y maldición, dependiendo del prisma con que se vea. Evidentemente, el potencial para proyectos de energía renovable es enorme e indiscutible, y su explotación y desarrollo debería formar parte de una política de país de largo plazo. Pero de igual forma, el potencial de sufrir inundaciones y daños a lo “Agatha, Stan, Mitch, etcétera”, es muy alto.

Como para que no. Guatemala posee 38 cuencas hidrográficas, una red de 27 mil km lineales y un volumen de esorrentía total —1990— de cien millones de m<sup>3</sup>

por año, distribuidos en tres vertientes: Pacífico, Mar Caribe y Golfo de México. No hay

duda de que este volumen ha bajado drásticamente en los últimos 20 años. Buena parte de esto se ha debido a la presión demográfica y a la deforestación.

El último Perfil Ambiental del Iarna revela estadísticas que paran los pelos de punta. Desde 1950, la cobertura forestal, que en ese entonces era de siete millones de hectáreas, ha disminuido gradualmente de una manera impresionante. En 1975, 84%; 1985, 68%; 1995, 68%, y en el 2005 bajó al 58%. Es lógico inferir que en estos momentos debemos de andar por el 48% de lo que otrora, en 1950, fuera nuestra cobertura forestal.

Los números no dan margen para respirar. La investigación de Iarna señala que durante estos años la deforestación absoluta osciló entre 60 mil y 70 mil ha/año, una pérdida acumulada de 2.958,826 hectáreas de bosque, y que con el incremento de la población, la disponibilidad de bosques por habitante se ha reducido sustancialmente, de 2.22 hectáreas a 0.39 de hectárea; un índice de cambio de 0.18, respecto de 1950.

¿Entendemos por qué aho-

ra hay más inundaciones y deslaves? Y seguirá empeorando si esta tendencia no se revierte y no se orientan las políticas ambientales mediante el compromiso de los diferentes sectores y actores involucrados en el marco del desarrollo sostenible.

Evidentemente —como lo señala Iarna—, la marginalidad financiera y política de la gestión ambiental general resulta en una débil institucionalidad, que se traduce en escasas capacidades técnicas, en falta de análisis y de propuesta, y en insuficientes y frágiles logros en la conservación y uso sostenible del patrimonio natural nacional.

Aquí es donde entran los beneficios que tienen los proyectos hidroeléctricos. Y es que las cuencas deben ser bien manejadas, o sus caudales hídricos se verán afectados. Nadie más interesado en el mantenimiento de los bosques y en la reforestación que el manejador de un proyecto hidroeléctrico. Por algo éramos conocidos como Quauhtlema-

*¿Entendemos por qué ahora hay más inundaciones y deslaves?*

llan —lugar de los árboles—. Son los árboles los que saturan los cielos azules de densas nubes cargadas de

agua que posteriormente devuelven a la cuenca en forma de lluvia. Un virtuoso ciclo hidrológico que se ve afectado en el momento mismo que se elimina el manto boscoso que mantiene el clima.

Ahora más que nunca los proyectos hidroeléctricos y la reforestación tienen todo el sentido del mundo: poblaciones enteras dedicadas a la producción forestal sostenible mediante las actividades de forestación, reforestación y manejo de bosques naturales en las cuencas.

Pero también está el Programa de Incentivos Forestales (Pinfor) que promueve el Inab desde 1996, y cuya misión encaja como un guante para esta coyuntura de crisis: “Fomentar la creación de núcleos de producción forestal regional de alta productividad, para impulsar la oferta de productos forestales competitivos, reducir la deforestación, generar servicios ambientales y generar empleo en el área rural”.

O sea, presidente Colom, primera dama y Otto Pérez Molina: más claro no canta un gallo...